



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVII

Zaragoza, 6 Marzo 1925

Núm. 621

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1878

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5.  
fábrica de toquillas (antiguo  
camino del Sábado).

## Inconsciencia

¡Pero cuánto inconsciente hay por el mundo!

Ese padre de familia que no piensa más que en dejar a sus hijos un porvenir brillante, todo lo más brillante que pueda.

A cubierto de la miseria.

Elevados a un rango más alto en que él nació y a que él se pudo elevar.

Todo esto muy legítimo.

Aún más, muy laudable.

Pero ocupado en sus negocios, ni se entera de los amigos que sus hijos tienen.

Ni de los centros que frecuentan.

Ni de los espectáculos a que asisten.

Ni de las lecturas con que se entretienen.

Cuanto menos de si cumplen los deberes religiosos.

Y si ejercitan la caridad con los pobres.

Y si andan por caminos de moralidad intachable.

Ese padre de familia que así descuida sus principales deberes ¿es un malvado?

¿Es un loco?

Usemos de indulgencia: es un inconsciente.

Esa joven de agraciado rostro y de graciosos modales.

Que tal vez frecuenta los Sacramentos.

Que tal vez siente en el fondo de su alma estímulos de exquisita delicadeza.

Pero que viste a la última moda.

El pecho al descubierto.

Los brazos al aire.

Las piernas en continua exposición.

Hecha un muestrario de carne y de formas atrevidas.

Expuesta a toda mirada lasciva.

Y a todo atrevimiento de palabra procaz.

Y a una desdichada confusión con gentes de otro nivel.

¿Es una cocotte?

¿Es una loca?

Usemos de indulgencia: es una inconsciente.

—

Ese obrero de recia complexión.

Que de su trabajo saca el bienestar, y de la paz y del orden su trabajo.

Que supo formar un hogar.

Y calentarlo con los fuegos de un amor tranquilo.

Y rodearlo de encantos con sus ahorros.

Y en las horas de dolor y de estrechez sostenerlo con los puntales de una resignación toda fe y toda carácter.

Pero que, sugestionado por lecturas subversivas y por gentes desalmadas, sueña ya con revoluciones que nada resuelven.

Y con movimientos que sólo encumbran a los vivos.

Y con revueltas en que sólo los audaces pescan.

Y con cambios de régimen que nada construyen y lo destruyen todo, realidades vivientes y esperanzas halagadoras.

¿Es un malvado?

¿Es un loco?

Es un inconsciente.

—

Ese, hombre o mujer, que ha traspuesto ya la cumbre de la vida.

Acechado por una muerte que ya no puede tardar.

Próximo a una eternidad en donde nos espera un Dios justiciero, a quien nadie puede engañar.

Ni coaccionar.

Ni burlar.

Que nos pedirá cuenta de todas nuestras obras.

Que no admitirá en su reino a nadie que manchado esté.

Y sabiéndolo, ni cuida de poner en orden su conciencia.

Ni de redimir los pecados que ha cometido al precio de penitencias y limosnas.

Ni de asegurarse las misericordias de Dios con obras de santidad.

Ese, hombre o mujer, ¿es un loco?

Es un inconsciente.

—

¡Pero cuánto inconsciente hay por el mundo!

M. DE SANTA CATALINA.



## PARA LA MENDIGA

¿Por qué no cantas, gentil Mendiga,  
la de estro fácil lleno de luz?  
¿No eres la alondra que canta al Día?  
¿No era tu musa la santa Cruz?

¿Por qué no cantas?; tú bien po-  
[drias  
pulsar tu lira más y mejor  
que al Altar subes todos los días  
do dan Belleza, do dan Amor.

Será que tu alma quizás se exalta  
volando en alas de caridad,  
que el dar tus versos presumes falta  
de virtud santa ¿de la humildad?

Oye, Mendiga: Dios dió al poeta  
¿mendiga dije?; pues dije mal,  
que no mendiga alma repleta  
de generoso y sublime ideal.

Si, amiga mía; Dios dió al poeta  
para que cante la inspiración;  
¿no canta el ave, la violeta,  
la tierra toda, la creación?

Y no hagas caso de que tu rima,  
de que tu metro no estén mejor;  
libre de jaulas, la noche anima  
con sus gorjeos el ruiseñor.

Pero si a veces tu alma turbada  
se encuentra pobre de inspiración,  
acude a Cristo y esperanzada  
escarba un poco en su corazón.

Y cuando en sangre mojes tu pluma  
como Teresa, Juan, Verdaguer,  
sangre que lava, sana y perfuma,  
tú no te olvides de

Chante Clair.

Posteriormente he sabido, con pena, que la  
Mendiga ha muerto. R. I. P.



## TRIBUNAL BARATO

—Entra, Macario, entra, que, como  
es Cuaresma, vamos a continuar ha-  
blando de lo que nuestro Señor Jesu-  
cristo hizo en el desierto.

—Si no *quiere* usted cansarse, no se  
moleste, que ya sabemos lo que hizo:  
ayunar.

—Eso es, estuvo ayunando duran-  
te cuarenta días.

—Y cuarenta noches.

—Claro está.

—Pero me ocurre a mí una duda.

—¿Y es?

—Que si estuvo ayunando seguido  
cuarenta días y cuarenta noches,  
¿cuándo dormía?; porque no le po-  
día quedar tiempo *pa* dormir.

—No, hombre, no, que dormir dor-  
mía de noche.

—Pues, entonces, si dormía, no  
ayunaba; porque dos cosas a la vez  
no se *pueden* hacer.

—Según que cosas sean; dormir y  
ayunar son dos cosas que se pueden  
hacer a un tiempo.

—Sí *siñor*, *pa* no hacer bien *den-  
guna* de las dos cosas. ¿Sabe *usted* lo  
que pasará?, que no hará ni una cosa  
ni otra: ni dormirá, ni ayunará. Y,  
si ayuna, como si no ayunara.

—¿Por qué?

—Porque no tendrá hambre, y ayu-  
no sin hambre, como si no.

—Estás muy equivocado, Macario.  
El hambre es una cosa muy acciden-  
tal; tan accidental que ni da ni qui-  
ta al ayuno, como ayuno.

—Pues, *miñsté* lo que son las co-  
sas. Si yo no *tuviá* hambre cuando  
ayuno, ayunaría *to* los días, y *to* las  
semanas, y no *m'haga* *usted* decir que  
*tol* año y, aunque *fuá* *to* la vida.  
Porque, si le quita *usted* al ayuno el  
hambre, ¿qué le queda?

—Como tal ayuno, mandado por la  
Iglesia, le queda todo, y cumple per-  
fectamente el que ayuna, aunque no  
tenga hambre. Ahora, como sacrificio,  
el que más hambre tiene, si lo lleva  
con resignación y gusto, ganará más.

—¿Llevar con gusto el hambre?;  
cuatro tiros le pegaría yo al ayuno  
con hambre, en ayunas.

—Sí, hombre, que hay gente muy  
mortificada que sufre con gusto el  
hambre, para pagar a Dios por los  
pecados propios.

—Pues eso se paga de otro modo.  
Yo, por ejemplo, cojo una *merluza*,  
¿sabe *usted* lo *qués* una *merluza*?

—Sí, hombre, sí; una borrachera.

—Pues bien; suponga *usted* que yo  
cojo una *merluza* de esas, en seco,  
no *quíá* Dios. Sin querer, empiezo a  
beber, sin pensar que estoy bebiendo,  
y pensando que es agua lo que bebo.  
Y distraídamente, cuando me *quió*  
recordar, sin pensar ni nada, veo

que la tengo cogida y bien agarrada.  
Y voy a nuestro *Siñor* y le digo:  
¿cuánto vale, en castigo, esta *mer-  
luza* que ha cogido un servidor y no  
la *puó* soltar? Y me dice: pues vale  
dos pesetas, porque es *güena* de *ver-  
dá*. Y si no tengo las dos pesetas, se  
las pido a *Miguelico*, u al sastre, u a  
*usted*. Voy a nuestro *Siñor*, la pago y,  
en paz. Y las dos pesetas, que se las  
comprende de cera a la Virgen, que  
arda hasta que se acabe. Pero, pagar  
con hambre, ni a Dios le *pué* hacer  
*güen* provecho, ni a mí. Es decir,  
a mí menos que a nuestro *Siñor*.

—Vaya, vaya, que nos estamos  
marchando del asunto. Era mi in-  
tención que tratásemos hoy de las  
tentaciones de Nuestro Señor en el  
desierto.

—¿Eso además? Conque además  
de no comer, tentaciones encima?

—Sí, hijo mío; el diablo tentó en  
el desierto al Señor de tres modos dis-  
tintos.

—Yo pensaba que el diablo era  
más listo. Pero ¿qué se mete él con  
nuestro *Siñor*?

—Es que el diablo no estaba seguro  
de si Jesucristo era o no era Dios y  
quiso, por medio de las tentaciones,  
hacer la prueba. Por lo demás con-  
viene que estés persuadido de que el  
diablo no es tonto; por el contrario,  
es muy listo. No tienes más que ver  
cómo tienta a la gente y verás que  
no es de tontos. El hizo como los  
grandes generales que, cuando van a  
tomar una fortaleza, lo primero que  
miran es a ver si la fortaleza que van  
a tomar tiene alguna parte débil y, si  
encuentran esa parte débil y mal de-  
fendida, por allí atacan, porque allí la  
resistencia es menor y habrán de lu-  
char en condiciones más ventajosas.  
El que defiende la fortaleza debe sa-  
ber esto, porque, de ese modo, re-  
fuerza y cuida más de las partes más  
débiles, para no dejarse sorprender.  
Esto mismo hizo el diablo en la pri-  
mera refriega, con que tentó a Je-  
sús. El ya sospechaba si sería o  
no Dios aquel a quien iba a tentar.  
El había oído algo acerca de la En-  
carnación, cuando vivía en el Cielo;  
había visto también algo en la per-  
sona de Jesús, que le hacía dudar si  
sería o no sería Dios; pero no estaba  
seguro. Lo mejor era probarlo. Si  
Jesús era hombre, era probable el  
triunfo; creía que triunfaría de Je-  
sús, como triunfó de Adán y Eva en  
el Paraíso. Y, si era Dios, no podía  
esperar más que una derrota vergon-  
zosa, pero así sabría a qué atenerse  
en adelante y saldría de dudas y va-  
cilaciones, siempre expuestas a mu-  
chos quebrantos. Con esta idea, que  
denota una gran sagacidad, se acercó  
al Salvador. Allí, de cerca, pudo ob-  
servar que se abandonaba a un ayuno  
muy prolongado, ayuno que le debili-  
taba y consumía. Y creyó que había  
encontrado la parte flaca de su adver-  
sario. ¿El hambre le tenía extenuado?  
Nada más fácil que despertar en El  
sentimientos de conseguir el pan,  
aquello que tanto necesitaba y de que  
totalmente carecía. Si realmente era  
Hijo de Dios, nada más sencillo que  
remediar aquella necesidad, de cual-  
quier modo, aunque fuera convirtien-  
do las piedras en pan. Dios hace el  
trigo de elementos de la tierra, pero,  
en su omnipotencia, tiene infinitos  
modos de hacerlo. Si realmente apre-  
miado por la necesidad que tenía del  
pan, obraba el milagro, estaba visto,  
era Dios, había que dejarle, *via libre*,



y renunciar a toda tentativa. Si, por el contrario, no convertía las piedras en pan, o no remediaba con algún otro milagro aquella necesidad, le quedaba la confianza de ensayar otros medios, hasta ver claro lo que había en aquel misterioso personaje. Todo, menos retroceder, como no llegase a convencerse de que Jesús era Dios, en cuyo caso la lucha se haría imposible: había que esperar el desarrollo de los acontecimientos. Y aun en el caso de que fuese Dios, le quedaba el recurso de atacarle como hombre, atacando a la vez su obra. Seguramente que el diablo ignoraba que la salvación del mundo dependía de la muerte del hombre-Dios. De todo esto, Macario, hijo mío, resulta que ya sabemos por dónde ataca siempre el diablo a los hombres, por la parte más débil. Como listo que es, ha aprendido la táctica de los buenos generales que atacan las fortalezas por el punto más flaco. Bien se ha visto en la primera tentación con que combatió al Salvador; fué a tentarle por el punto que él creía más débil, por el hambre. Por eso nosotros, como nos aconsejan los santos, debemos estudiar mucho hasta llegar a conocer nuestro flaco, para poner allí nuestras principales defensas y, cuando venga el diablo a tentarnos, nos encuentre tan bien defendidos, tan de roca, que se rompa los dientes entre las piedras. ¿Tú no conoces cuál es tu punto flaco?

—No, señor. Toque usted aquí, en el mollar de este brazo. Haga usted el favor.

—¡Chico! ¿Qué carne tienes tan apretada! Estás macizo de veras.

—Pues así estoy por *to los laos*. De modo que, aunque el diablo, u el demonio, que me *paice* a mí que se llevarán poco el uno del otro, me quiera tentar, no me hallará flaco por *dengún lao*.

—Pues no te quepa duda, Macario, que tú tienes, ¿no has de tener?, tu punto flaco, y el diablo lo sabe y te convendría que también lo supieras.

—Pues no caigo; el otro día me pesé y, gracias a Dios, saqué ciento *vaintitrés* kilos y medio, en bruto; que pocos me llegarán de mi *parigual* y a mis años.

—Que no me refiero yo a la carne; ojalá no estuvieras tan grueso, que estarías mejor.

—Justo, *usté* no me *quíe* bien. Por lo visto a *usté* le daría gustico que viniera el diablo, me encontrara flaco por *to los laos*, y sin fuerzas, y en una patada me desencuadrara como libro viejo.

—Que no me refiero a la gordura de la carne, Macario. Puede estar uno delgado de carnes y no tener ningún punto flaco. Me refiero a las virtudes y a los vicios que podemos tener, que nos defienden si son virtudes, o nos desamparan o nos pierden si son vicios. Suponte tú que un hombre tenga muchas virtudes, que amparan y defienden su alma perfectamente. Y suponte también que este hombre, a pesar de sus virtudes, tiene un vicio que le domina; pues bien, aquél es su punto flaco, su punto débil, y por aquel vicio le atacará el diablo y caerá, si no anda prevenido.

—Pues yo no tengo *dengún* punto flaco, gracias a Dios; porque, como *l'hi dicho a usté*...

—Que no, hombre, que no es eso. Que tú tienes muchos, pero muchos puntos flacos, y de los cuales debes corregirte y a nadie le conviene más que a ti. Muchas virtudes, ningún vicio; ahí está el secreto para que el diablo no tenga ningún poder sobre nosotros. ¡La carne, la carne!; cuanto más flaca, mejor. Ordinariamente, hijo mío, la carne se pone de parte del diablo. La carne, hijo mío, es enemigo nuestro; por eso el diablo tiene tanto poder en los hombres, porque los hombres no solamente estamos rodeados de enemigos, sino que los llevamos dentro. Y, ya lo sabes, el peor enemigo el de casa, porque nos acomete por la espalda.

—Pues yo, si *fuá usté*, poco miedo tendría a la carne.

—¿Por qué?

—Porque si; por muchos motivos.

—Que son.

—Mire, en primer lugar, porque *usté* no tiene más carne que un pajarico; y, en segundo lugar, porque el diablo no se meterá con la carne de *usté*. Poco gusto tendría; si la carne de *usté* no *tié* sustancia, hombre. Con *to* la carne de *usté* no se *pué* hacer un caldo *pa* un enfermo, aunque le metan *to* los costillares. Si el día que *usté* se muriera lo tiraran a un barranco, pocos *güíres* se pararían a *picotialo*. Si *fuá* yo, no digo, *güena* hartazón que se darían.

—Pues, ¿por qué estás siempre hablando de si comemos poco, o si comemos mal?

—Si *siñor*, lo digo y lo repito, y si *fuá* cura, hasta lo predicaría: que comemos poco, que comemos mal; mejor dicho, que no comemos, porque eso no es comer; eso es hacer el *pijaito* de que comemos tal y cual, como los demás hombres, y no comemos ni como un canario. Diga *usté* que yo como piedras y en el estómago se me *güelven* churisos; y *usté* se come un par de sesos de mosquito y una pierna entera de mariposa y tiene *pa* tres días. Y al momento, que estoy harto, que no *pué* más, que mi estómago no *pué* con tanto, que bicarbonato, que manzanilla, que una purga, que esto es un despilfarro, que no *pué* ser, que *nus arruinamos*. Y yo como una bazofia y ya ve *usté*, y *tol* mundo que me conoce: “¿Qué gordo está Macario, qué color, está de *güen* año, se le tocan las mantecas, *paice* un trueno! ¿Qué comerá? No sé cómo lo mantiene el *siñor* Mago, pobrecico *siñor*, lo va a arruinar”. En fin, ¡si la gente se diera cuenta!

—Bueno, Macario, esa gordura tuya es peligrosa realmente; pero viene la santa Cuaresma y yo te aseguro que, al terminarla, no estarás así. Pero, por hoy, basta de eso; otro día seguiremos sobre esta primera tentación. Bástenos saber que el diablo acomete siempre por el punto más débil y, como el punto más débil está allí donde se agita una pasión, el hombre debe estar ojo alerta sobre su pasión dominante, para llevar allí todas sus defensas. Y basta ya, buenas noches.

—Que *usté* descanse, *siñor*; pero conste que, aunque la carne sea enemiga nuestra, yo lo perdono todo y seré siempre amigo suyo.

—Que calles.

EL MAGO.



¿Quisieras hacer grandes cosas por Dios!

No olvides que las cosas se miden por el alma que en ellas depositamos. Todo es grande cuando es grande el amor con que lo hacemos.

Todo es ruin cuando lo hacemos sin amor.

Recuerda la escena del *gazofilacio*.

¿La medida del amor a Dios?

La medida de todo amor.

¿Piensas en El?

¿Disfrutas en recogerte a solas con El?

¿Lo haces todo con miras de agradecerle a El?

A la hora de tropezar con un sacrificio, ¿te sientes *roñosa* con El?

Trabajas mucho, es verdad.

Figuras entre los apóstoles más fogosos y más resueltos.

Está bien.

Pero, ¿trabajas sólo por El?

Porque El sólo pagará lo que sólo por El hubiéremos hecho.

Tenemos que luchar.

¿Por débiles?

No, por mal inclinados y porque el diablo no descansa.

Y esto toda la vida.

Mientras no lleguemos al cielo.

Lucha, pues, y no te inquietes.

Mientras luchamos demostramos a Dios que no queremos ofenderle.

¿Que no acabas de verte libre de miserias?

¿Y eso comulgando todos los días!

Has olvidado por lo visto que la Comunión nos hace santos, pero no impecables.

Y que la fuerza que nos comunica está en relación con las disposiciones que llevamos al comulgar.

¿Una palabra!

¿Un gesto!

¿Una actitud!

Poca cosa son, pero a veces ¡cuánto cuestan!

Por esto son en ocasiones de un valor inapreciable.

¿Por qué no dársele a Dios?

Porque no olvides que lo que hacemos a un prójimo a Dios lo hacemos.

M. DE SANTA CATALINA.



# HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS



De todo un poco

Paseaba yo, cierto día, por las inmediaciones de un lago y al ver sus maravillosas ondas y la placidez de sus aguas; al ver reproducirse en su superficie, como en limpió cristal, la belleza del firmamento, me remonté, como con una asociación de ideas, al autor de tales maravillas, y exclamé: "Si esto es hermoso y grande, ha de ser más hermoso y grande El que lo ha creado. Después, escudriñando con mi mirada, vi con estupor que en el fondo de aquel lago tan transparente, yacía imperturbable el suelo cenagoso, inmundado, tal vez detritus vegetales, tal vez sedimentos de todas clases allí depositados por la acción de los tiempos y de las perturbaciones terrestres. Y coordinando mis ideas, vi en aquella superficie diáfana el corazón humano, desprendido de las cosas de este mundo y retratando con la hermosura de la gracia la imagen de su Creador, y en el suelo cenagoso el mismo corazón entregado a las pasiones, sordo a los llamamientos de Dios y desprovisto de toda acción en el orden sobrenatural.

El corazón humano, que es todo el hombre en sus afectos e inclinaciones, tan pequeño en sí mismo y tan grande en sus aspiraciones, es el océano de movibles riberas que, manso y apacible, representa el mar tranquilo, sereno, de ondas majestuosas que apenas si se atreven a rebasar los límites marcados por el Omnipotente a su inmenso dominio, reflejando entonces, como inmensa silueta, la inmensidad sideral, todo el espacio azul, donde se mecen las esplendentes luminarias que Dios suspendió, como en tapiz, huella de sus divinos pies. Y entonces, el corazón humano forma parte de ese concierto armónico que, elevándose desde la tierra al cielo, deja aquí abajo esa estela de resplandor, de grandeza, de vivificación que, inundando la tierra, se pierde más tarde en las playas de la eternidad, para sumergirse en el piéago infinito de la infinita majestad de Dios.

Pero cuando esas movibles riberas elevan sus olas, las agigantan, las subliman pretendiendo escalar lo infinito; cuando las corrientes contrarias de las pasiones dominantes agitan el espíritu de la tempestad, pretendiendo avasallar, destruir, aniquilar y sumergir, en su espíritu destructor, como se sumergen en la vorágine de los siglos las instituciones más legendarias, sumergir, repito, el espíritu de Dios, el derecho y la moral, ¡ah!, entonces es cuando ese mar tempestuoso del corazón humano, desequilibrando el orden establecido por su Hacedor, se precipita en la sentina de todos los vicios, en el lodazal de todas las concupiscencias, en el mar cenagoso de la soberbia humana que, pretendiendo su semejanza con el Altísimo, únicamente encontró en su camino la humillación merecida por su prevaricación.

El mar, con su flujo, reflujo y agentes atmosféricos y las corrientes, ni rebosa ni pierde, pero se transforman sus aguas, por medio de la evaporación, en esas partículas vesiculares que constituyen las nubes y que, descendiendo a la tierra en forma de lluvia benéfica, extiende por todas partes la vida, el esplendor y la magnificencia de la naturaleza. El corazón humano, asimismo, en virtud de sus movimientos rítmicos de contracción y dilatación, tampoco rebosa ni le falta sangre, pero por su impulso la arroja con ímpetu para vivificar, conservar y acrecentar el cuerpo, retratándose, en su camino, en el semblante, en donde deja pintadas la duda, la alegría, la tristeza, la salud, la enfermedad, todo, en fin, lo que normalice o perturbe su regular funcionamiento. Después abandoné las orillas del lago, que tanto me hizo meditar, para continuar mi labor cotidiana.

—Dígame usted, señor Cura; ¿por qué la Iglesia me prohíbe, en este tiempo especialmente, comer de carne algunos días? ¿No es tan buena la carne ahora como en otras épocas del año?

—La Iglesia, hijo mío, no te prohíbe comer de carne porque sea mala o menos buena que en otras épocas, sino porque es nuestra Madre; ella así lo manda y los hijos no deben discutir el mandato de sus padres, sino obedecer. Suponte tú que tienes un hijo, y le dices: ven y siéntate a comer conmigo. Si tu hijo replíca que puede comer sin sentarse contigo a la mesa, tú tienes el derecho de decirle que no se trata de comer de esta o de la otra forma, sino de obedecer. Además, es un remedio higiénico, recomendado por todos los médicos, pues en esta época, en que toma nuevo vigor la sangre, es preciso abstenerse de manjares incompatibles con la expulsión de los humores nocivos, que perturban, por otra parte, el funcionamiento regular del organismo, llegando, en caso contrario, a la pétora, que puede hacer sucumbir el organismo mejor equilibrado.

—Pero Dios es demasiado bueno para que vaya a condenarme.

—Sí, Dios es bueno. Por eso no te condena El, sino que tú mismo te condenas. Porque, vamos a ver: ¿quién peca, Dios o tú?

—Yo soy el que peca. Pero, si Dios no lo permitiera...

—¿Qué querías, que Dios, cuando pecas, te despojara del libre albedrío, de tu libertad? ¡Ah! Entonces, sin libertad, no serías hombre, obrarías como obran los animales, como tu caballo o tu perro, que obran como obran porque no pueden ni saben obrar de otro modo. Por otra parte, Dios, en ese caso, dejaría de ser infinitamente bueno y justo, para convertirse en un tirano, pues una vez que te dió la libertad, te la quitaba tan injustamente. La libertad es un arma que Dios te ha dado para al-

canzar la felicidad eterna y defenderte de todos tus enemigos. Si esa arma la vuelves contra ti mismo, no tienes que echar la culpa a Dios, sino a ti. Además, si no hay libertad, tampoco hay premio y castigo; por tanto, en este caso, no hay cielo ni infierno, destruyendo de un solo golpe todo el orden moral y, por ende, también el sobrenatural. ¡A cuánto conduce la aberración de la inteligencia humana divorciada de la fe cristiana!

—Dime, niño: ¿cuántos son los Sacramentos?

—Ninguno, porque anoche le dieron los últimos a mi abuela.

—No, hombre, no; se dicen los últimos, no porque no queden los siete, como antes, sino porque como la Iglesia acompaña al hombre desde la cuna al sepulcro, cuando ya está en trance de muerte le da la Extrema Unción, que es la unción final en este mundo, y es un salvoconducto para su ingreso en la eternidad. Por desgracia, muchos se van sin ella, ¿por qué? Por incuria, por falsa caridad, por temores que no existen, por mala interpretación de lo que dice la Iglesia, puesto que, si muere el enfermo, le alivia sus dolores, le consuela, le tranquiliza y limpia las reliquias que pueden quedar del pecado, y, en muchas ocasiones, da salud corporal al enfermo. Si todos estuviesen poseídos de esa fe que salva, ¿qué pocos morirían sin Sacramentos!

## Colmos

En un Restaurant.

—¿Qué desea?

—Habas cocidas.

—No se sirve aquí ese plato.

—¿Pues, no dicen que en todas partes cuecen habas?

En la Plaza de Toros.

—¿Tiene usted sombra?

—Sí señor.

—Pues cuénteme usted un cuento, que estoy muy triste.

—¿En qué se parece el Banco de España a un aerolito?

—En que es un mete-oro.

—¿En qué se parecen los comercios al firmamento?

En que tienen luna.

—¿Cuál es el hombre que, cuando se queda viudo, se queda sin sombra?

El de Persia, porque se queda sin persiana.

Un amigo mío se ahogó

En un tinajón de leche.

¡Pobrecito amigo mío,

qué muerte tan blanca tuvo!

MARIANO SEBASTIÁN IZUEL.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza